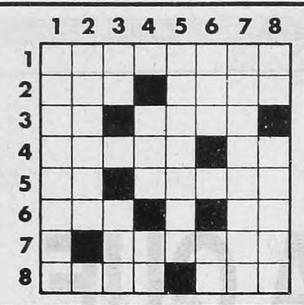
Con censura 30

Las palabras que corresponden a las definiciones se introducen normalmente en el cuadro, salvo por un pequeño detalle: hay una letra, siempre la misma, que debe saltearse cada vez que aparece. Ejemplo: si la letra censurada fuera la R, una palabra como PERRERA entraría en el cuadro como PEEA.



HORIZONTALES

1. Que pierden.
2. Se quema. / Metal muy raro, descubierto en Francia por los esposos Curie.
3. Símbolo químico del neón. / Arquetipo, ejemplar.
4. Despiden, arrojan. / Símbolo químico del iridio.
5. Factor sanguíneo. / Perverso que se excita cometiendo actos de crueldad en otra persona.
6. Extremidades de las manos y los pies. / Distraída.
7. Atavíos, aderezos.
8. Halaga con exceso. / Se atreva.

VERTICALES

1. Instrumento rústico de percusión, formado por dos aros con sonajas.
2. Tieso, erguido.
3. Tejido de mallas. / Cloruro de sodio.
4. Jornadas. / Poema lírico, de género épico.
5. Computadora.
6. Ensenada o bahía en que pueden anclar las naves. / Negación.
7. Relativos al municipio o al edil.
8. Prep. que significa "bajo". / Girase, rolase.

SOLUCION 29

Letra censurada: La Z.
Horizontales: 1) Zafra / Era. 2) Gazapos. 3) Arroz / Caza..4) Lazos / Ag. 5) Al / Tamiza. 6) Lazareto. 7) Logro / Ar. 8) Zona / Seda.
Verticales: 1) Zagala / Lo. 2) Farallón. 3) Raro / Zaga. 4) Apostar. 5) Aros. 6) Escame. 7) Agitad. 8) Alza / Azora.

Verano/12

SUEÑOS DE VERANO

ANOCHECER DE UN DIA AGITADO

(Por Pedro Lipcovich) Es cierto que en verano la ciudad se queda sola, piensa ella, y sus tacos, le parece, repiquetean demasiado sobre las veredas calientes del domingo. Recién ahora puede salir: se dejó las llaves en el departamento, tuvo que llamar a un cerrajero, en domingo, y el hombre le cobró, le robó la poca plata que tiene, mujer sola. Alguna vez alguien le dijo que es olvidadiza, prefiere no recordarlo, pero lo recuerda ahora, piensa en los hombres, los tacos clavan el silencio de las calles demasiado conocidas.

Se detiene, prende un cigarrillo, camina más despacio, ahora, piensa en los hombres, no. Estará linda la tarde para los chicos, en la playa, con este sol. Con el padre. Y con la mujer del padre. Ella no puede tomarse vacaciones, no le alcanza la plata, salvo para pagarle al cerrajero, ladrón, estúpida, mujer libre, sin obligaciones, los tacos suenan como martillazos, se van a romper, piensa, se me van a romper y voy a tener que buscar una zapatería de turno, sonríe, el zapatero le va a robar como el cerrajero, como todos, mujer libre, ríe de sí misma, eso la alivia, ahora camina más despacio por una calle con árboles y jardincitos de rosa china y BOOOTELLEROOOO...

Hacia tanto que no escuchaba ese grito. Y desde el fondo de la calle, sí, el caballito y el carro, y el grito más fuerte, y es don Damián, increíble, se lo ve muy viejo pero él siempre fue viejo, ella corre, agita la mano, soy yo, don Damián, ¿se acuerda?, el carrito tintinea de botellas viejas, pero si están prohibidos los caballos en la ciudad: él hace mucho que trabaja por afuera, le explica, pero en verano, como hay tan poco tránsito, aprovecha y se viene para el centro. Debe darse cuenta de cómo ella está maravillada porque, nada menos, la invita a subir al carro y ella dice que sí, claro, él le tiende la mano fuerte y ahí están, al trotecito con el canto de las botellas por la ciudad vacía. Así que andás sola, por qué no te vas a la Costanera, que está linda, vos que no tenés que trabajar y yo te dejo cerca, la dejó cerca, sí, la Costanera, la glorieta, tanta gente, camiones, mate, cañas de pescar, qué crecido está el río, pega en el murallón y gente en el agua hasta muy adentro, grandes, chicos, irresponsables, piensa, con la contaminación, pero un señor, un pescador que vio su ceño fruncido dice que está bien, en verano las fábricas se toman vacaciones y el río queda limpio, la gente aprovecha, claro, y allí está Alberto. Alberto, parece mentira, siempre la misma cara de pibe, está en el agua, al verla corre hacia ella, tantos años, vení, metéte que está divina, lástima que no trajo malla, encontrarte, Alberto, tantos años, ¿te acordás? El primer baile, vos eras tan charlatana de puro tímida, y vos siempre despeinado, qué voy a hacer, y Los Beatles, el *Anochecer de un día agitado* una y otra vez hasta rayarse, *Socorro*, sí, y él la invita a un asalto. ¿Cómo? Sí, hoy mismo, qué linda idea, igual que entonces, en la casa de un amigo, le dice la dirección, fácil de acordar, me vuelvo al agua, está tan linda, no dejes de ir, te voy a esperar, sí, voy a ir, Alberto.

Y ella vuelve a entrar en la ciudad, camina, toma un colectivo lento por las calles que se van poblando, ya se va a hacer de noche y a ella, de olvidadiza que es, se le va yendo el recuerdo de la tarde, el botellero, el río, se olvida también de la dirección del asalto y del asalto y se cree nomás que viene de un paseo aburrido por la ciudad vacía, así que, por olvidadiza, Alberto la esperará en vano y el *Anochecer de un día agitado* girará, girará, girará inútilmente.

LA RATA QUE AMABA LA PINTURA

Manuel Vicent (Valencia, 1936) es uno de los narradores más importantes de la transición española. En sus crónicas, la literatura y el periodismo desdibujan sus límites y se funden en un resultado original. Preguntarse si lo que narra Vicent es o no estricta realidad es resumirlo a un tono menor: Vicent parte de la realidad y se encuentra con la literatura. Conocido por el gran público europeo desde las páginas del diario *El País*, Vicent cimentó su fama con un artículo: *No pongas tus sucias manos sobre Mozart*, y publicó luego varios libros de crónicas y retratos entre los que se destacan *Crónicas de otoño*, *Daguerrotipos, La carne es yerba*. Los dos relatos que siguen han sido tomados de *Ulises, tierra adentro* (Ediciones El País), un libro de crónicas de viajes.

LA rata acababa de cometer la última fechoría: esta vez se había comido medio lienzo de Cézanne. La desolación cundió de nuevo en el consejo directivo de la famosa casa de subastas situada en King Street de Londres, barrio de St. James, pero en realidad el pánico que producía este animal no estaba exento de admiración. Todo el mundo reconocía que aquella rata era una gran experta en pintura, tanto moderna como antigua. Siempre devoraba las obras más insignes y nunca fallaba. Aunque ya se había revisado meticulosamente hasta el último rincón de cada sala, incluyendo los sótanos y el almacén, nadie sabía dónde se hallaba su madriguera puesto que el rastro de excrementos conducía a todas partes y a ninguna. Durante varias semanas sucedió lo mismo.

Cuando terminaba el horario de visita, este establecimiento de arte, al atardecer, ponía en marcha el mecanismo de alta seguridad, apagaba las luces y cerraba las puertas mientras los empleados se despedían buscando el respectivo paraguas y hacían apuestas sobre la próxima hazaña que iba a realizar el maldito roedor. Probablemente éste oía el golpe final de la cancela de hierro y entonces abandonaba la guarida. Todo aquel espacio quedaba a su merced. Desde las paredes y caballetes los cuadros emitían escenas mitológicas; en la oscuridad de los salones saltaban figuras de burgueses y gentilhombres renacentistas; se dibujaba el perfil de las vírgenes góticas con niño; el aire se adensaba con toda clase de gestos, arboledas, frutas y abstracciones de paisajes, bodegones, marinas, naturalezas muertas y retratos. Había muchos óleos falsos, mal atribuidos o de pésima calidad. La rata los despreciaba. Tenía el olfato del mejor degustador. Esa misma noche se había comido medio Cézanne auténtico.

Aquella sala de subastas ejercía el culto a la elegancia del dinero. Estaba acreditada por su seriedad entre los coleccionistas de todo el mundo y exhalaba el sólido aroma de una institución bien trabada, sustentada por expertos fiables y riquísimos clientes. Era un rito de máxima altura espiritual visitar sus exposiciones con un catálogo en la mano y pujar por un lote en el momento oportuno. Por las mañanas, en King Street, barrio de St. James, frente a ese portal en cuyo dintel ondeaba una bandera con león coronado, paraban Rolls y otros automóviles de plata, y de ellos desembarcaban seres muy esotéricos de gran pátina financiera en la mandíbula acompañados de lujosas panteras de 20 años y también distinguidas damas de la sociedad británica, americana, alemana, suiza o francesa, flanqueadas por un viejo lord, por un salchichero últimamente refinado, por un rey de la penicilina o por un judío internacional. Se extasiaba en los salones un género de belleza monetaria reflejándose en el barniz de las obras maestras de la pintura. Visones entre cuadros impresionistas, susurros de deseo contra algunas tablas del siglo XIV, consultas sigilosas acerca del precio astronómico que podía alcanzar en el remate aquella bailarina de Degas: ésa era la danza exquisita, cotidiana en la sala de subastas en Londres y además estaban las miradas de lince de los marchantes y la misteriosa conversación por teléfono que a veces se escuchaba en el despacho del director. ¿Qué fabuloso magnate extraterrestre hablaría desde el otro extremo del hilo?

—Oh, yes.

—...

—¿Monet?

—...

—Of course.

—...

—Matisse. Yes. Oil on canvas.

—...

—It's all right. Bye, bye, mister Goldsmith

Durante el día, aquel espacio pertenecía a la más sublime vanidad de algunos mortales. Allí podía verse a un libanés violáceo explorando con lupa la firma de un Gauguin, o a un comerciante de Nueva York tratando de descubrir una ganga, o a un intelectual ambiguo contemplando los grabados de las carpetas. Pero de noche ese mundo se convertía en el reino de una rata. Esta se paseaba a sus anchas por las alfombras persas y, conducida a ciegas por su instinto, se detenía siempre ante las obras valoradas por encima del millón de dólares, y si tenía hambre se las zampaba con naturalidad. Todo estaba a su disposición: desde los primitivos flamencos hasta la trasvanguardia. El personal de la casa sabía perfectamente los gustos de este maldito animal, ya que después de varias semanas de actuación se había hecho un inventario de sus cenas: medio arlequín de Picasso, cinco flores de Chagall, un bodegón cubista de Braque, las piernas de un Cristo atribuido a Cimabue, las caderas rosadas de una bañista de Renoir, un cuarto de tabla de Van der Goes, una escena de dioses pintada por Poussin, un boceto para fresco de Tiépolo, el mejor trozo de una Piedad de Giovanni Bellini, un paisaje nevado con cazadores de Brueghel, un desnudo de Delacroix y algo de Coubert. Así sucesivamente. Era muy emocionante abrir cada mañana la puerta del establecimiento, prender las luces y tratar de adivinar la tragedia que tal vez había ocurrido esa noche.

Antes de iniciarse la jornada, al pie de la escalera, el personal de la casa, según iba llegando, cruzaba apuestas entre sí.

—No daría un penique por la suerte del Corot.

—Ni yo por el Van Eyck.

—¿Crees que la rata habrá preferido el Corot a la pequeña marina de Turner?

—Pago cuatro a uno a favor de Cézanne.

—Hecho.

—Y yo me juego el sueldo de un mes por Holbein.

—Lo tomo.

Aquella mañana el director del establecimiento, seguido por los empleados, atravesó el lindo zaguán y al llegar a la planta noble, como en otras ocasiones, todos comenzaron a pasar revista con acelerados latidos de corazón y muy pronto descubrieron de nuevo los excrementos en forma de rosquillas diminutas, que parecían de carbón, marcando un rastro en la moqueta de la primera sala. Era la señal inequívoca de que la rata había actuado. Esos residuos bien podían pertenecer a un Toulouse-Lautrec. Cerradas todavía las puertas al público, el director, secretarios y dependientes se dividieron el trabajo de inspección. Cada uno por pasillos distintos, fueron analizando todos los cuadros de las paredes, los lienzos ordenados en los anaqueles metálicos o arrumbados en los rincones. Sólo habían pasado unos minutos cuando se oyó en el fondo del almacén la voz estentórea de un empleado:

—¡El Modigliani!

—¡Cielo santo!

—¡La rata se ha comido el Modigliani!

—Lo suponía —murmuró maldiciendo el director.

—¡Aquí, aquí! —gritó otro dependiente.

—¿Qué sucede?

—Es en el piso de arriba.

—¡La rata también ha devorado un Frans Hals!

—¡Qué ruina!

—Ahora la rata se encontraba otra vez en el agujero, y probablemente oía los lamentos mientras se relamía el hocico. En realidad el animalito valía una fortuna, de modo que si un día alguien lograba capturarlo podría subastarlo por 20 millones de dólares. Llegó un momento en que ya no se pudo mantener la discreción y la noticia saltó a la prensa. Los periódicos de Londres dieron por fin la noticia: un misterioso roedor culto se estaba zampando los mejores cuadros de la famosa casa de subastas de King Street. Incluso un crítico de arte comentó que la tripa de esa rata se había convertido en una moderna Capilla Sixtina. Así era en verdad. El vientre de la rata formaba una pequeña bóveda extremadamente luminosa, y en sus paredes se había ido fijando a fragmentos toda la historia de la pintura con puntos microscópicos que brillaban en los tejidos viscosos como un polvo de diamantes. El pórtico de su estómago estaba adornado por un girasol de Van Gogh y después unas nubes nacaradas de Constable se abrían sobre el húmedo recinto. En el primer intestino danzaba o se ataba la zapatilla una bailarina de Degas al ritmo de los retortijones, unos nenúfares de Monet flotaban en el detritus interior del animal, caballeros de Memmling en compañía de los Reyes Magos hacían adoración de la Virgen recostada en el esófago y al fondo se veía un paisaje de Canaletto con algunas góndolas deslizándose en la cloaca de las vísceras. En la barriga de la rata también dormía un grotesco personaje de Daumier. Ella adquiría cada vez un volumen mayor en su ignorado escondrijo, dentro del cuerpo lentamente le crecía un mundo fantástico preñada por los artistas más ilustres, y en el despacho del director, el consejo reunido comenzó a tomar medidas desesperadas. Alguien dijo:

—Podríamos poner algunos cepos.

—Ya se ha hecho. No sirve.

—No me refiero a cepos con queso holandés, señor.

—¿Entonces?

—Creo que se me acaba de ocurrir una trampa mortal.

—Explíquese, Hogarth.

—Se trata de prepararle un gran bocado. Por ejemplo, un Goya con cianuro.

—La *Dama del tirabuzón*, ¿me equivoco?

—Exactamente, señor. Me refiero a esa señora de la mandolina y la cruz gamada.

En la próxima sesión, la casa iba a subastar un Goya excelente, valorado en 1.700 millones de pesetas, y el plan consistía en embadurnar esa obra cumbre con un barniz en el que se hubiera inoculado un veneno fulminante. Después de algunas dudas, así se hizo. Aquella misma tarde un genio en raticidas al que se había hecho venir a Londres urgentemente desde la universidad de Oxford maceró el lienzo de Goya con una sustancia letal, y a la hora de cierre el cuadro fue depositado en conexión con el mecanismo de seguridad sobre un bargueño con taraceas de marfil al alcance del voraz coleccionista nocturno, quedando algunos vigilantes apostados en lugares estratégicos dentro de la oscuridad absoluta de la sala. Ellos no se dieron cuenta, pero la rata salió de la madriguera en el instante preciso y volvió a realizar el trabajo como de costumbre. Primero dejó unos excrementos de carbonilla al pie de un Pollock, que esta vez se salvó por los pelos, y luego anduvo explorando con el olfato las últimas novedades hasta llegar al lienzo de Goya. Subió al mueble y aunque percibió el extraño perfume su pasión por la pintura le nubló el instinto. Trepó por la falda de la figura, quedó dulcemente reposada en su regazo y desde allí la rata comenzó primero a lamer las veladuras de los senos y a continuación intentó meterle el diente a la parte inferior del rizo. En ese instante sonó la alarma y los focos del recinto se prendieron de forma automática. La rata, deslumbrada, huyó como una ráfaga de acero hacia su guarida sin que los guardianes pudieran hacer nada por cerrarle el paso. El cuadro de Goya se había salvado y ella ya llevaba la muerte dentro, aunque esto se supo algunos días después. A la semana siguiente se celebraba la gran subasta de arte y al establecimiento iban llegando en Rolls y otros automóviles de plata, seres esotéricos de pátina financiera, panteras rubias, damas distinguidas de la sociedad londinense. Cuando el recinto estaba lleno se inició aquel hedor insoportable. En el secreto agujero el vientre de la rata acababa de reventar y de él salían envueltos en un perfume nefasto todos los mejores fragmentos de la historia de la pintura, y eso obligó a desalojar la sala en el momento en que la puja por el Goya estaba en el punto álgido. El Goya quedó desierto y la casa también. Durante todo un mes el vientre de la rata siguió manando toda clase de obras estelares en estado de putrefacción, pero el consejo directivo no se atrevió a desinfectar el ambiente, puesto que cada inhalación de aire valía una millonada.

LA RATA QUE AMABA LA PINTURA

Manuel Vicent (Valencia, 1936) es uno de los narradores más importantes de la transición española. En sus crónicas, la literatura y el periodismo desdibujan sus límites y se funden en un resultado original. Preguntarse si lo que narra Vicent es o no estricta realidad es resumirlo a un tono menor: Vicent parte de la realidad y se encuentra con la literatura. Conocido por el gran público europeo desde las páginas del diario *El País*, Vicent cimentó su fama con un artículo: *No pongas tus sucias manos sobre Mozart*, y publicó luego varios libros de crónicas y retratos entre los que se destacan *Crónicas de otoño*, *Daguerrotipos*, *La carne es yerba*. Los dos relatos que siguen han sido tomados de *Ulises, tierra adentro* (Ediciones El País), un libro de crónicas de viajes.

LA rata acababa de cometer la última fechoría: esta vez se había comido medio lienzo de Cézanne. La desolación cundió de nuevo en el consejo directivo de la famosa casa de subastas situada en King Street de Londres, barrio de St. James, pero en realidad el pánico que producía este animal no estaba exento de admiración. Todo el mundo reconocía que aquella rata era una gran experta en pintura, tanto moderna como antigua. Siempre devoraba las obras más insignes y nunca fallaba. Aunque ya se había revisado meticulosamente hasta el último rincón de cada sala, incluyendo los sótanos y el almacén, nadie sabía dónde se hallaba su madriguera puesto que el rastro de excrementos conducía a todas partes y a ninguna. Durante varias semanas sucedió lo mismo.

Cuando terminaba el horario de visita, este establecimiento de arte, al atardecer, ponía en marcha el mecanismo de alta seguridad, apagaba las luces y cerraba las puertas mientras los empleados se despedían buscando el respectivo paraguas y hacían apuestas sobre la próxima hazaña que iba a realizar el maldito roedor. Probablemente éste oía el golpe final de la cancela de hierro y entonces abandonaba la guarida. Todo aquel espacio quedaba a su merced. Desde las paredes y caballetes los cuadros emitían escenas mitológicas; en la oscuridad de los salones saltaban figuras de burgueses y gentilhombres renacentistas; se dibujaba el perfil de las vírgenes góticas con niño; el aire se adensaba con toda clase de gestos, arboledas, frutas y abstracciones de paisajes, bodegones, marinas, naturalezas muertas y retratos. Había muchos óleos falsos, mal atribuidos o de pésima calidad. La rata los despreciaba. Tenía el olfato del mejor degustador. Esa misma noche se había comido medio Cézanne auténtico.

Aquella sala de subastas ejercía el culto a la elegancia del dinero. Estaba acreditada por su seriedad entre los coleccionistas de todo el mundo y exhalaba el sólido aroma de una institución bien trabada, sustentada por expertos fiables y riquísimos clientes. Era un rito de máxima altura espiritual visitar sus exposiciones con un catálogo en la mano y pujar por un lote en el momento oportuno. Por las mañanas, en King Street, barrio de St. James, frente a ese portal en cuyo dintel ondeaba una bandera con león coronado, paraban Rolls y otros automóviles de plata, y de ellos desembarcaban seres muy esotéricos de gran pátina financiera en la mandíbula acompañados de lujosas panteras de 20 años y también distinguidas damas de la sociedad británica, americana, alemana, suiza o francesa, flanqueadas por un viejo lord, por un salchichero últimamente refinado, por un rey de la penicilina o por un judío internacional. Se extasiaba en los salones un género de belleza monetaria reflejándose en el barniz de las obras maestras de la pintura. Visones entre cuadros impresionistas, susurros de deseo contra algunas tablas del siglo XIV, consultas sigilosas acerca del precio astronómico que podía alcanzar en el remate aquella bailarina de Degas: ésa era la danza exquisita, cotidiana en la sala de subastas en Londres y además estaban las miradas de lince de los marchantes y la misteriosa conversación por teléfono que a veces se escuchaba en el despacho del director. ¿Qué fabuloso magnate extraterrestre hablaría desde el otro extremo del hilo?

—Oh, yes.

—...

—¿Monet?

—...

—Of course.

—...

—Matisse. Yes. Oil on canvas.

—...

—It's all right. Bye, bye, mister Goldsmith

Durante el día, aquel espacio pertenecía a la más sublime vanidad de algunos mortales. Allí podía verse a un libanés violáceo explorando con lupa la firma de un Gauguin, o a un comerciante de Nueva York tratando de descubrir una ganga, o a un intelectual ambiguo contemplando los grabados de las carpetas. Pero de noche ese mundo se convertía en el reino de una rata. Esta se paseaba a sus anchas por las alfombras persas y, conducida a ciegas por su instinto, se detenía siempre ante las obras valoradas por encima del millón de dólares, y si tenía hambre se las zampaba con naturalidad. Todo estaba a su disposición: desde los primitivos flamencos hasta la trasvanguardia. El personal de la casa sabía perfectamente los gustos de este maldito animal, ya que después de varias semanas de actuación se había hecho un inventario de sus cenas: medio arlequín de Picasso, cinco flores de Chagall, un bodegón cubista de Braque, las piernas de un Cristo atribuido a Cimabue, las caderas rosadas de una bañista de Renoir, un cuarto de tabla de Van der Goes, una escena de dioses pintada por Poussin, un boceto para fresco de Tiépolo, el mejor trozo de una Piedad de Giovanni Bellini, un paisaje nevado con cazadores de Brueghel, un desnudo de Delacroix y algo de Coubert. Así sucesivamente. Era muy emocionante abrir cada mañana la puerta del establecimiento, prender las luces y tratar de adivinar la tragedia que tal vez había ocurrido esa noche.

Antes de iniciarse la jornada, al pie de la escalera, el personal de la casa, según iba llegando, cruzaba apuestas entre sí.

—No daría un penique por la suerte del Corot.

—Ni yo por el Van Eyck.

—¿Crees que la rata habrá preferido el Corot a la pequeña marina de Turner?

—Pago cuatro a uno a favor de Cézanne.

—Hecho.

—Y yo me juego el sueldo de un mes por Holbein.

—Lo tomo.

Aquella mañana el director del establecimiento, seguido por los empleados, atravesó el lindo zaguán y al llegar a la planta noble, como en otras ocasiones, todos comenzaron a pasar revista con acelerados latidos de corazón y muy pronto descubrieron de nuevo los excrementos en forma de rosquillas diminutas, que parecían de carbón, marcando un rastro en la moqueta de la primera sala. Era la señal inequívoca de que la rata había actuado. Esos residuos bien podían pertenecer a un Toulouse-Lautrec. Cerradas todavía las puertas al público, el director, secretarios y dependientes se dividieron el trabajo de inspección. Cada uno por pasillos distintos, fueron analizando todos los cuadros de las paredes, los lienzos ordenados en los anaqueles metálicos o arrumbados en los rincones. Sólo habían pasado unos minutos cuando se oyó en el fondo del almacén la voz estentórea de un empleado:

—¡El Modigliani!

—¡Cielo santo!

—¡La rata se ha comido el Modigliani!

—Lo suponía —murmuró maldiciendo el director.

—¡Aquí, aquí! —gritó otro dependiente.

—¿Qué sucede?

—Es en el piso de arriba.

—¡La rata también ha devorado un Frans Hals!

—¡Qué ruina!

—Ahora la rata se encontraba otra vez en el agujero, y probablemente oía los lamentos mientras se relamía el hocico. En realidad el animalito valía una fortuna, de modo que si un día alguien lograba capturarlo podría subastarlo por 20 millones de dólares. Llegó un momento en que ya no se pudo mantener la discreción y la noticia saltó a la prensa. Los periódicos de Londres dieron por fin la noticia: un misterioso roedor culto se estaba zampando los mejores cuadros de la famosa casa de subastas de King Street. Incluso un crítico de arte comentó que la tripa de esa rata se había convertido en una moderna Capilla Sixtina. Así era en verdad. El vientre de la rata formaba una pequeña bóveda extremadamente luminosa, y en sus paredes se había ido fijando a fragmentos toda la historia de la pintura con puntos microscópicos que brillaban en los tejidos viscosos como un polvo de diamantes. El pórtico de su estómago estaba adornado por un girasol de Van Gogh y después unas nubes nacaradas de Constable se abrían sobre el húmedo recinto. En el primer intestino danzaba o se ataba la zapatilla una bailarina de Degas al ritmo de los retortijones, unos nenúfares de Monet flotaban en el detritus interior del animal, caballeros de Memmling en compañía de los Reyes Magos hacían adoración de la Virgen recostada en el esófago y al fondo se veía un paisaje de Canaletto con algunas góndolas deslizándose en la cloaca de las vísceras. En la barriga de la rata también dormía un grotesco personaje de Daumier. Ella adquiría cada vez un volumen mayor en su ignorado escondrijo, dentro del cuerpo lentamente le crecía un mundo fantástico preñada por los artistas más ilustres, y en el despacho del director, el consejo reunido comenzó a tomar medidas desesperadas. Alguien dijo:

—Podríamos poner algunos cepos.

—Ya se ha hecho. No sirve.

—No me refiero a cepos con queso holandés, señor.

—¿Entonces?

—Creo que se me acaba de ocurrir una trampa mortal.

—Explíquese, Hogarth.

—Se trata de prepararle un gran bocado. Por ejemplo, un Goya con cianuro.

—La *Dama del tirabuzón*, ¿me equivoco?

—Exactamente, señor. Me refiero a esa señora de la mandolina y la cruz gamada.

En la próxima sesión, la casa iba a subastar un Goya excelente, valorado en 1.700 millones de pesetas, y el plan consistía en embadurnar esa obra cumbre con un barniz en el que se hubiera inoculado un veneno fulminante. Después de algunas dudas, así se hizo. Aquella misma tarde un genio en raticidas al que se había hecho venir a Londres urgentemente desde la universidad de Oxford maceró el lienzo de Goya con una sustancia letal, y a la hora de cierre el cuadro fue depositado en conexión con el mecanismo de seguridad sobre un bargueño con taraceas de marfil al alcance del voraz coleccionista nocturno, quedando algunos vigilantes apostados en lugares estratégicos dentro de la oscuridad absoluta de la sala. Ellos no se dieron cuenta, pero la rata salió de la madriguera en el instante preciso y volvió a realizar el trabajo como de costumbre. Primero dejó unos excrementos de carbonilla al pie de un Pollock, que esta vez se salvó por los pelos, y luego anduvo explorando con el olfato las últimas novedades hasta llegar al lienzo de Goya. Subió al mueble y aunque percibió el extraño perfume su pasión por la pintura le nubló el instinto. Trepó por la falda de la figura, quedó dulcemente reposada en su regazo y desde allí la rata comenzó primero a lamer las veladuras de los senos y a continuación intentó meterle el diente a la parte inferior del rizo. En ese instante sonó la alarma y los focos del recinto se prendieron de forma automática. La rata, deslumbrada, huyó como una ráfaga de acero hacia su guarida sin que los guardianes pudieran hacer nada por cerrarle el paso. El cuadro de Goya se había salvado y ella ya llevaba la muerte dentro, aunque esto se supo algunos días después. A la semana siguiente se celebraba la gran subasta de arte y al establecimiento iban llegando en Rolls y otros automóviles de plata, seres esotéricos de pátina financiera, panteras rubias, damas distinguidas de la sociedad londinense. Cuando el recinto estaba lleno se inició aquel hedor insoportable. En el secreto agujero el vientre de la rata acababa de reventar y de él salían envueltos en un perfume nefasto todos los mejores fragmentos de la historia de la pintura, y eso obligó a desalojar la sala en el momento en que la puja por el Goya estaba en el punto álgido. El Goya quedó desierto y la casa también. Durante todo un mes el vientre de la rata siguió manando toda clase de obras estelares en estado de putrefacción, pero el consejo directivo no se atrevió a desinfectar el ambiente, puesto que cada inhalación de aire valía una millonada.

ASCENSION A UNA COLUMNA DORICA

Hubiera bastado con usar a un especialista o servirse de algún truco, pero este actor anglosajón de 40 años parecía estar en forma y quiso rodar la escena por sí mismo. Tenía que trepar hasta lo alto de una columna dórica, quedar plantado en el capitel y componer allí arriba, desnudado por Giorgio Armani, la imagen de un dios contra el azul de la Atica, perfilado en el mar Egeo. Lo importante de la secuencia no era el resultado final, sino el esfuerzo de la escalada. La cámara recogería en sucesivos planos la ansiedad de sus ojos, las manos crispadas en las aristas y su cuerpo abrazado al mármol para expresar lentamente la metáfora de una conquista de la belleza. Los focos estaban preparados.

—¡Silencio!

—Se rueda.

—¡Acción!

El protagonista se había situado en el extremo del farallón y después de acariciar la cabellera de la chica inició por tercera vez un trote desganado hacia las ruinas del templo y se detuvo en el plinto de la única columna que resplandecía con luz artificial.

—¡Corten!

—Oh, Dios mío.

—¿Para qué quieres la dentadura, muchacho? Recuerda que eres un esteta. Debes correr con una carcajada radiante.

—Está bien.

—Vamos a repetir.

El director le puso paternalmente el brazo en el hombro a aquel elegante sujeto y lo acompañó al punto de partida, recordándole de nuevo la psicología del personaje. El era un profesor de arte en una madurez decadente, un poco frívola, que había enamorado a una alumna adolescente durante un viaje de estudios a Grecia. Debía sorprenderla continuamente dándole una sensación de locura desenfadada hasta obligarla a entrar en el juego con una mezcla de reflexiones estéticas y actos gratuitos e infantiles. En la escena anterior, rodada esa misma mañana, a la pareja se la veía sentada cerca del pequeño acantilado, sobre una dorada caleta, y mientras la muchacha mordisqueaba una brizna, él le hablaba de Apolo, el dios del perfil puro, que divide la pasión en dos. Pero ella no parecía tener ningún interés en esta clase de sabiduría. Simplemente bostezaba. Le miraba sonriendo con una inocencia procaz. A través del megáfono se oyó la voz del director.

—¡Acaríciale el cuello!

—...

—Eso es. La cabellera.

—...

—Levántate de un salto. Eso es. Echa a correr hacia la columna.

El maduro galán soltó una carcajada, se abrió las alas de la chaqueta de lino crudo y emprendió por cuarta vez una furiosa carrera hasta las roídas gradas del templo, atravesó las losas y con una poderosa zancada se encaramó en el basamento donde se erguía la columna dórica. Ahora lo había hecho muy bien. La cámara había captado esa ráfaga de blanco esplendor sobre el horizonte del mar Egeo. El profesor de arte estaba jadeando encima del sillar y la novia adolescente le siguió para entrar en campo y asistir inquieta y divertida a una nueva insensatez.

—Voy a subir.

—Estás completamente loco, Frank.

—Quiero ser como ellos. ¿Oyes? Me gusta saber qué se siente.

—Arriba no hay nada. ¿Qué tratas de demostrar? Frank, te quiero. No lo hagas. Te vas a matar.

—¡Corten!

—¿Qué tal?

—Ha valido. Gracias.

Ahora se iba a realizar la solitaria ascensión del galán hasta lo alto del capitel y el equipo de rodaje comenzó a disponer las luces para dejar la columna dórica como un ascua recortada en la lejana silueta mineral de la isla de enfrente. En las ruinas sólo quedaba este pilar en medio de un paisaje de viñedos, cipreses y plantas agrestes, de sabor picante. En ese momento, abajo, en la cala, se bañaban actores y actrices muy jóvenes que en la ficción componían un grupo de estudiantes anglosajones guiados por Grecia de la mano de un profesor esteta devorado por la mitología. En la vida real éste era un cómico ignorante enamorado sólo de su cuerpo y nunca había oído hablar de Fidias. Por eso, cuando el director para concienciarle le nombró a Fidias y a Praxiteles, él entreabrió la boca con un labio descolgado por la estupidez. El director de la película había concebido la escena de la siguiente forma. Ante los pasmados ojos de su alumna, el profesor de arte vestido de lino crudo por Giorgio Armani comenzaría a trepar por la columna y después de varios intentos o caídas, durante la escalada iría dejando jirones del traje, hasta llegar casi desnudo con la armoniosa musculatura envuelta en harapos a la cima del pedestal. Allí debería pronunciar la frase y quedar inmóvil.

—¡Silencio!

—Se rueda.

—¡Acción!

El galán se abrazó al tronco de mármol con todas sus fuerzas. Mientras tanto, la novia adolescente, cuya sesión de trabajo había terminado por ese día, fue a reunirse en la playa con el resto del conjunto artístico. La escena de la ascensión, que se repitió una y otra vez, era según el guión una metáfora de la conquista de la belleza, una imagen de la soledad. El actor lograba escalar con cierta facilidad el primer tercio del viaje, pero después de una hora se vio que el propósito no resultaba nada halagüeño. Atenazaba el fuste con los muslos, hundía las garras en los poros comidos por el salitre, lograba avanzar un poco, arañaba febrilmente las estrías y al rozar con la cara la columna dejaba en ella un rastro de maquillaje. Luego se escurría hasta caer sentado en la basa. Había que intentarlo de nuevo. Cada vez el capitel parecía más inasequible y la mirada del esteta, turbia por el sudor, lo confundía con la única nube que flotaba en el cielo de la Atica profundamente azul. También oía de un modo confuso los gritos de felicidad que emitían los adolescentes mientras se bañaban en la playa.

—¡Silencio!

—Se rueda.

—¡Acción!

Volvía a apalancarse en la presión de las rodillas, hincaba las uñas en cualquier muesca del mármol y daba a su cuerpo un impulso jadeando para asir la columna más arriba inútilmente. Hubiera bastado con servirse de algún truco, pero el actor quería lograrlo de una forma pura y la cámara que le seguía de cerca hacía estragos en su rostro, en la tensión de las cuerdas del cuello, en las manos despellejadas. El traje blanco de Armani había experimentado ya el primer desgarro y a través de él afloraba un músculo. Frente a la erección de la columna iluminada por los focos el esteta se encontraba en soledad y llegó un momento en el que el esfuerzo le había obligado a confundir su cuerpo con el mármol abrazado. En el vientre le nacía aquella poderosa raíz que no dejaba de crecer nunca ni de ensancharse y aunque el ardor de este trabajo, según el guión de la película, estaba destinado a enamorar a una adolescente, ahora el protagonista no pensaba sino en sí mismo, y cuando sorprendió las yemas de sus dedos sangrando, un extraño placer le inundó por completo. El temblor de los muslos le excitaba pero él ascendía sólo por dentro sin alcanzar el destino, y mientras el pecho arañado, las rodillas en carne viva y los grumos del maquillaje inscribían en el camino de la piedra un jeroglífico indescifrable, el director desde abajo le alentaba con el megáfono.

—Sube, sube más, muchacho. La chica está admirada de tu proeza. En este momento eres un héroe envuelto en la impureza del combate. Pronto llegarás a lo alto y allí la pasión abandonada te convertirá en un dios con los músculos destrozados que Fidias labrará de nuevo en tu honor.

—¡No puedo conseguirlo!

—Ahora la chica grita: "Te quiero, Frank". Entonces tú te agarras al capitel y elevas el torso en el vacío.

—No puedo.

—¡Corten! Está bien. Vamos a intentarlo otra vez. No es tan difícil.

Ajenos al drama interior del personaje, el operador, los electricistas y otros elementos del equipo mascaban gomas displicentemente y la muchacha que en la ficción había desencadenado esa furia imposible, se bañaba con sus amigos en la cala, no muy lejos de la escena. Aquellos adolescentes parecían felices corriendo desnudos a través de la pasta solar. No creían nada, no pensaban nada, no sentían nada. Formaban parte de la naturaleza, aunque trataban de llevar siempre el último modelo de cazadora.

—¡Silencio!

—Se rueda.

—¡Acción!

La belleza o la soledad estaba arriba y el cuerpo herido del actor con el traje blanco destrozado inició el ascenso final por aquella columna que cada vez de forma más poderosa se acrecentaba en el ángulo de sus muslos. Se abrazó al mármol como a una carne. Afirmó la mandíbula en una estría y dando con los riñones un desesperado impulso logró salvar fácilmente el primer tramo. La cámara extraía planos de su rostro, de la trémula búsqueda de sus manos en el intento de hallar apoyo en las aristas y la tensión de unos músculos, que brillaban de sudor entre los elegantes harapos de lino, quebraba los cartílagos, pero la imagen nunca podría reflejar la clase de placer que el hombre experimentaba ni las sensaciones de su oscura memoria. Estaba aislado dentro del sacrificio y no recordaba a ninguna adolescente de la ficción ni el nombre del dios que debía encarnar ni el resplandor que le esperaba cuando alcanzara la cima. Arañaba la columna, resbalaba, volvía a abrazar aquella piedra de luz, se unía a ella con las venas ardiendo, la atenazaba con las piernas, la iba dejando ensangrentada y sucesivas oleadas de narcisismo le envadían por dentro y él creía que estaba creciendo o ascendiendo, pero el sudor le obligaba a deslizarse hasta el fondo de su infancia. Caía en aquel abismo y de allí partía hacia la cumbre, oía risas en la playa, soñaba con una placenta lejanísima cuyas aguas viscosas le inundaban el cerebro, echaba otro furioso zarpazo al mármol y una corriente de leche le deslumbraba, sabía que nunca alcanzaría el capitel donde brillaba un Apolo con traje italiano, sentía un dolor de carne estallada y eso le producía un placer fuera de toda medida y la columna iluminada seguía aumentando de tamaño y una mezcla de sangre y maquillaje escribían una historia de amor solitario sobre el ascua. Subía hasta la remota niñez, se hundía en un inmediato sepulcro y sólo el deseo de poseerse a sí mismo le deparó la visión de su cuerpo desdoblado. ¿Qué clase de poder tenía aquel aroma? En ese momento él se encontraba en un pueblo del Reino Unido con la cabeza de oro reclinada en el regazo de su madre, que extrañamente olía a heno, y le acariciaba. Desde allí oyó la potente voz de un megáfono que decía:

—¡Corten! ¡Corten!

—¿Qué tal?

—Hay que repetir. Hay que repetir.

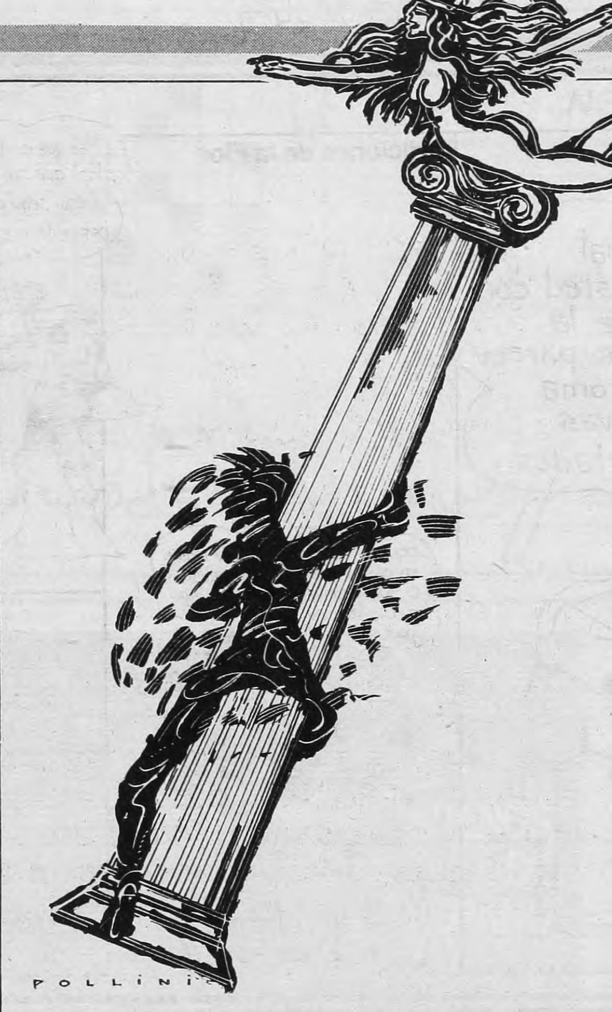
El profesor de arte, esteta maduro y decadente, se sentó jadeando al pie de la columna dórica y no pensó nada. Abajo, en la playa, estallaba la risa de su joven alumna y el resto del equipo de rodaje mascaba goma de un modo displicente.

—¿Estás listo?

—Sí.

—Inténtalo otra vez.

La columna dórica ya estaba toda embadurnada de sangre y en el capitel había un sol lácteo.



ASCENSION A UNA COLUMNA DORICA

Hubiera bastado con usar a un especialista o servirse de algún truco, pero este actor anglosajón de 40 años parecía estar en forma y quiso rodar la escena por sí mismo. Tenía que trepar hasta lo alto de una columna dórica, quedar plantado en el capitel y componer allí arriba, desnudado por Giorgio Armani, la imagen de un dios contra el azul de la Atica, perfilado en el mar Egeo. Lo importante de la secuencia no era el resultado final, sino el esfuerzo de la escalada. La cámara recogería en sucesivos planos la ansiedad de sus ojos, las manos crispadas en las aristas y su cuerpo abrazado al mármol para expresar lentamente la metáfora de una conquista de la belleza. Los focos estaban preparados.

—¡Silencio!

—Se rueda.

—¡Acción!

El protagonista se había situado en el extremo del farallón y después de acariciar la cabellera de la chica inició por tercera vez un trote desganado hacia las ruinas del templo y se detuvo en el plinto de la única columna que resplandecía con luz artificial.

—¡Corten!

—Oh, Dios mío.

—¿Para qué quieres la dentadura, muchacho? Recuerda que eres un esteta. Debes correr con una carcajada radiante.

—Está bien.

—Vamos a repetir.

El director le puso paternalmente el brazo en el hombro a aquel elegante sujeto y lo acompañó al punto de partida, recordándole de nuevo la psicología del personaje. El era un profesor de arte en una madurez decadente, un poco frívola, que había enamorado a una alumna adolescente durante un viaje de estudios a Grecia. Debía sorprenderla continuamente dándole una sensación de locura desenfadada hasta obligarla a entrar en el juego con una mezcla de reflexiones estéticas y actos gratuitos e infantiles. En la escena anterior, rodada esa misma mañana, a la pareja se la veía sentada cerca del pequeño acantilado, sobre una dorada caleta, y mientras la muchacha mordisqueaba una brizna, él le hablaba de Apolo, el dios del perfil puro, que divide la pasión en dos. Pero ella no parecía tener ningún interés en esta clase de sabiduría. Simplemente bostezaba. Le miraba sonriendo con una inocencia procaz. A través del megáfono se oyó la voz del director.

—¡Acaríciale el cuello!

—...

—Eso es. La cabellera.

—...

—Levántate de un salto. Eso es. Echa a correr hacia la columna.

El maduro galán soltó una carcajada, se abrió las alas de la chaqueta de lino crudo y emprendió por cuarta vez una furiosa carrera hasta las roídas gradas del templo, atravesó las losas y con una poderosa zancada se encaramó en el basamento donde se erguía la columna dórica. Ahora lo había hecho muy bien. La cámara había captado esa ráfaga de blanco esplendor sobre el horizonte del mar Egeo. El profesor de arte estaba jadeando encima del sillar y la novia adolescente le siguió para entrar en campo y asistir inquieta y divertida a una nueva insensatez.

—Voy a subir.

—Estás completamente loco, Frank.

—Quiero ser como ellos. ¿Oyes? Me gusta saber qué se siente.

—Arriba no hay nada. ¿Qué tratas de demostrar? Frank, te quiero. No lo hagas. Te vas a matar.

—¡Corten!

—¿Qué tal?

—Ha valido. Gracias.

Ahora se iba a realizar la solitaria ascensión del galán hasta lo alto del capitel y el equipo de rodaje comenzó a disponer las luces para dejar la columna dórica como un ascua recortada en la lejana silueta mineral de la isla de enfrente. En las ruinas sólo quedaba este pilar en medio de un paisaje de viñedos, cipreses y plantas agrestes, de sabor picante. En ese momento, abajo, en la cala, se bañaban actores y actrices muy jóvenes que en la ficción componían un grupo de estudiantes anglosajones guiados por Grecia de la mano de un profesor esteta devorado por la mitología. En la vida real éste era un cómico ignorante enamorado sólo de su cuerpo y nunca había oído hablar de Fidias. Por eso, cuando el director para concienciarle le nombró a Fidias y a Praxiteles, él entreabrió la boca con un labio descolgado por la estupidez. El director de la película había concebido la escena de la siguiente forma. Ante los pasmados ojos de su alumna, el profesor de arte vestido de lino crudo por Giorgio Armani comenzaría a trepar por la columna y después de varios intentos o caídas, durante la escalada iría dejando jirones del traje, hasta llegar casi desnudo con la armoniosa musculatura envuelta en harapos a la cima del pedestal. Allí debería pronunciar la frase y quedar inmóvil.

—¡Silencio!

—Se rueda.

—¡Acción!

El galán se abrazó al tronco de mármol con todas sus fuerzas. Mientras tanto, la novia adolescente, cuya sesión de trabajo había terminado por ese día, fue a reunirse en la playa con el resto del conjunto artístico. La escena de la ascensión, que se repitió una y otra vez, era según el guión una metáfora de la conquista de la belleza, una imagen de la soledad. El actor lograba escalar con cierta facilidad el primer tercio del viaje, pero después de una hora se vio que el propósito no resultaba nada halagüeño. Atenazaba el fuste con los muslos, hundía las garras en los poros comidos por el salitre, lograba avanzar un poco, arañaba febrilmente las estrías y al rozar con la cara la columna dejaba en ella un rastro de maquillaje. Luego se escurría hasta caer sentado en la basa. Había que intentarlo de nuevo. Cada vez el capitel parecía más inasequible y la mirada del esteta, turbia por el sudor, lo confundía con la única nube que flotaba en el cielo de la Atica profundamente azul. También oía de un modo confuso los gritos de felicidad que emitían los adolescentes mientras se bañaban en la playa.

—¡Silencio!

—Se rueda.

—¡Acción!

Volvía a apalancarse en la presión de las rodillas, hincaba las uñas en cualquier muesca del mármol y daba a su cuerpo un impulso jadeando para asir la columna más arriba inútilmente. Hubiera bastado con servirse de algún truco, pero el actor quería lograrlo de una forma pura y la cámara que le seguía de cerca hacia estragos en su rostro, en la tensión de las cuerdas del cuello, en las manos despellejadas. El traje blanco de Armani había experimentado ya el primer desgarro y a través de él afloraba un músculo. Frente a la erección de la columna iluminada por los focos el esteta se encontraba en soledad y llegó un momento en el que el esfuerzo le había obligado a confundir su cuerpo con el mármol abrazado. En el vientre le nacía aquella poderosa raíz que no dejaba de crecer nunca ni de ensancharse y aunque el ardor de este trabajo, según el guión de la película, estaba destinado a enamorar a una adolescente, ahora el protagonista no pensaba sino en sí mismo, y cuando sorprendió las yemas de sus dedos sangrando, un extraño placer le inundó por completo. El temblor de los muslos le excitaba pero él ascendía sólo por dentro sin alcanzar el destino, y mientras el pecho arañado, las rodillas en carne viva y los grumos del maquillaje inscribían en el camino de la piedra un jeroglífico indescifrable, el director desde abajo le alentaba con el megáfono.

—Sube, sube más, muchacho. La chica está admirada de tu proeza. En este momento eres un héroe envuelto en la impureza del combate. Pronto llegarás a lo alto y allí la pasión abandonada te convertirá en un dios con los músculos destrozados que Fidias labrará de nuevo en tu honor.

—¡No puedo conseguirlo!

—Ahora la chica grita: "Te quiero, Frank". Entonces tú te agarras al capitel y elevas el torso en el vacío.

—No puedo.

—¡Corten! Está bien. Vamos a intentarlo otra vez. No es tan difícil.

Ajenos al drama interior del personaje, el operador, los electricistas y otros elementos del equipo mascaban gomas displicentemente y la muchacha que en la ficción había desencadenado esa furia imposible, se bañaba con sus amigos en la cala, no muy lejos de la escena. Aquellos adolescentes parecían felices corriendo desnudos a través de la pasta solar. No creían nada, no pensaban nada, no sentían nada. Formaban parte de la naturaleza, aunque trataban de llevar siempre el último modelo de cazadora.

—¡Silencio!

—Se rueda.

—¡Acción!

La belleza o la soledad estaba arriba y el cuerpo herido del actor con el traje blanco destrozado inició el ascenso final por aquella columna que cada vez de forma más poderosa se acrecentaba en el ángulo de sus muslos. Se abrazó al mármol como a una carne. Afirmó la mandíbula en una estría y dando con los riñones un desesperado impulso logró salvar fácilmente el primer tramo. La cámara extraía planos de su rostro, de la trémula búsqueda de sus manos en el intento de hallar apoyo en las aristas y la tensión de unos músculos, que brillaban de sudor entre los elegantes harapos de lino, quebraba los cartílagos, pero la imagen nunca podría reflejar la clase de placer que el hombre experimentaba ni las sensaciones de su oscura memoria. Estaba aislado dentro del sacrificio y no recordaba a ninguna adolescente de la ficción ni el nombre del dios que debía encarnar ni el resplandor que le esperaba cuando alcanzara la cima. Arañaba la columna, resbalaba, volvía a abrazar aquella piedra de luz, se unía a ella con las venas ardiendo, la atenazaba con las piernas, la iba dejando ensangrentada y sucesivas oleadas de narcisismo le envadían por dentro y él creía que estaba creciendo o ascendiendo, pero el sudor le obligaba a deslizarse hasta el fondo de su infancia. Caía en aquel abismo y de allí partía hacia la cumbre, oía risas en la playa, soñaba con una placenta lejanísima cuyas aguas viscosas le inundaban el cerebro, echaba otro furioso zarpazo al mármol y una corriente de leche le deslumbraba, sabía que nunca alcanzaría el capitel donde brillaba un Apolo con traje italiano, sentía un dolor de carne estallada y eso le producía un placer fuera de toda medida y la columna iluminada seguía aumentando de tamaño y una mezcla de sangre y maquillaje escribían una historia de amor solitario sobre el ascua. Subía hasta la remota niñez, se hundía en un inmediato sepulcro y sólo el deseo de poseerse a sí mismo le deparó la visión de su cuerpo desdoblado. ¿Qué clase de poder tenía aquel aroma? En ese momento él se encontraba en un pueblo del Reino Unido con la cabeza de oro reclinada en el regazo de su madre, que extrañamente olía a heno, y le acariciaba. Desde allí oyó la potente voz de un megáfono que decía:

—¡Corten! ¡Corten!

—¿Qué tal?

—Hay que repetir. Hay que repetir.

El profesor de arte, esteta maduro y decadente, se sentó jadeando al pie de la columna dórica y no pensó nada. Abajo, en la playa, estallaba la risa de su joven alumna y el resto del equipo de rodaje mascaba goma de un modo displicente.

—¿Estás listo?

—Sí.

—Inténtalo otra vez.

La columna dórica ya estaba toda embadurnada de sangre y en el capitel había un sol lácteo.

FONTANARROSA Y LA PAREJA

Ediciones de la Flor







Algún día te voy a dejar y entonces vas a saber lo que es bueno!

De eso no tengo ninguna duda

JUEGOS

P	A	O	E	H	U	Y	J	L	O
E	G	C	L	Y	H	G	F	D	E
L	A	M	I	L	U	L	O	Ñ	P
V	R	O	T	C	A	Z	O	D	A
E	A	N	S	J	F	R	U	I	L
M	F	L	A	S	E	D	C	E	G
R	O	N	L	T	U	C	N	H	U
C	I	U	B	E	D	O	I	J	A
T	D	A	I	J	T	V	N	O	N
B	E	T	A	V	C	O	V	F	K
L	G	R	M	E	Z	T	B	R	E
A	R	E	J	A	V	G	J	I	S
O	L	I	T	N	H	Y	U	I	O

30 "LA SOPA DEL 7"

Encuentre los nombres de 7 vasijas que pueden estar escritos en horizontal, vertical o en diagonal tanto al derecho como al revés.

30 "TRANSFORMACION"

Cada palabra se transforma en la siguiente por cambio de una sola letra. Al final todas las letras de la primer palabra resultan "transformadas". Como ayuda le damos tres letras ya colocadas.

1					
2					
3					A
4					
5		R			
6					
7					
8					
9			S		

DEFINICIONES

1. Tardo en comprender.
2. Pieza del ajedrez.
3. Tuesta.
4. Cachiporra.
5. Lleva.
6. Conjunto de caballerías.
7. Huella o rastro.
8. Revuelto de pimiento, tomate y cebolla.
9. Aguardiente de uva de origen peruano.

30 "NUMERO OCULTO"

Deduzca en cada caso un número compuesto por cuatro cifras distintas que no puede empezar con 0, a partir de los intentos que aquí aparecen. En la columna B (de bien) indicamos cuántos dígitos tiene ese intento en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

				B	R
				4	0
1	8	4	2	1	0
3	8	9	0	0	1
3	9	5	6	1	2
6	4	1	2	2	0

				B	R
				4	0
1	6	8	7	0	1
4	2	0	3	0	2
4	6	9	0	1	2
7	9	4	0	1	2

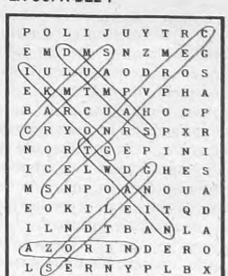
SOLUCIONES



"TRANSFORMACION"

PUNTO
PUNTA
PINTA
CINTA
CANTA
CARTA
CORTA
CORVA
TORVA

"LA SOPA DEL 7"



"NUMERO OCULTO"

1. 5923
2. 2357